

MARGINALIDAD, MOVIMIENTOS SOCIALES Y DEMOCRACIA

INTRODUCCION¹

El agotamiento de los modelos democrático-industrialistas en los años sesenta, los intentos abortados de sustituirlos por esquemas monetaristas, y la crisis económica con la que se inició la década actual, han producido el estancamiento —cuando no la reversión— de los procesos de modernización e integración social que caracterizaron el desarrollo del Cono Sur latinoamericano a lo largo de casi todo este siglo. Como resultado, la pobreza urbana adquiere dimensiones y propiedades que aún no se conocen suficientemente.

A la secular tendencia "marginalizadora" de la modernización latinoamericana, en efecto, se le superponen ahora tendencias más específicas conducentes a la exclusión económica, social y política de masas crecientes de la población; no obstante, desde el punto de vista cultural, todo indica que esos grupos han accedido definitivamente a la modernidad, y muchos de sus comportamientos deben ser comprendidos como formas peculiares de adaptación a esa nueva condición. La situación marginal, en suma, ha experimentado transformaciones cuyas significaciones son objeto de un incipiente pero crucial debate en las ciencias sociales latinoamericanas.

Redimensionados en su volumen y tensionados por un movimiento histórico que nos impulsa en sentidos contradictorios, los grupos marginales urbanos han llegado a copar la escena social en algunos países de la región (por ej., las "protestas de los pobladores" en Chile entre los años 1983-1984). Cabe preguntarse, por lo tanto, si no se han generado aquí identidades colectivas llamadas a perdurar, y que nada tienen que ver con los moldes tradicionales de origen agrario, y muy poco con las pautas clasistas vinculadas al orden industrial.

Tal interrogante está en la raíz de numerosas investigaciones que se han venido realizando últimamente en la región. Estas se plantean, en efecto, si las nuevas formas de acción colectiva de los grupos marginales son únicamente defensivas, o si toman la figura de un movimiento social que posee una propuesta social alternativa; si son conductas que apuntan al rechazo de la sociedad moderna, o si se orientan más bien a una "integración desviante";

¹ En esta *Introducción* se retoman los conceptos de la Convocatoria al Seminario *Movimientos sociales urbano-populares y procesos de democratización*, y los desarrollados en él por los diversos ponencistas y comentaristas.

en fin, si se trata de acciones pasajeras resultado de la crisis económica, de la ruptura de los canales de movilidad y de la represión policial, o si se trata de movimientos más permanentes que conllevan una transformación de la matriz sociológica de la acción popular en ciertos países de la región.

Como sea, es un hecho que las "protestas" y otras manifestaciones de los pobladores, las organizaciones de subsistencia de los pobres, los grupos comunitarios de mujeres, las agrupaciones culturales de los jóvenes, las diferentes formas de religiosidad popular — entre otros—, son fenómenos que en muchas sociedades de la región parecen por momentos haber desplazado de su centralidad a las clásicas movilizaciones y organizaciones obreras. Las representaciones y demandas sociales de los grupos marginales tienen como rasgo común el no ajustarse a los requisitos convencionales de un régimen político democrático, resistiendo el traslado a arenas institucionalizadas de concertación social. Como es obvio, esto plantea un problema de envergadura a los proyectos democratizadores y a la salida de regímenes autoritarios. Las movilizaciones de los marginales, se preguntan mucho, ¿hasta qué punto no son incompatibles con un tránsito pacífico a la democracia y con su consolidación? Este es, sin duda, un aspecto crucial de la discusión actual.

Así pues, los temas en torno a los que giró la sociología latinoamericana a comienzo de los años sesenta, reemergen con renovada actualidad. El fenómeno de la marginalidad recupera su centralidad en el debate intelectual latinoamericano, invadiendo incluso la problemática de la transición a la democracia. Sin embargo, el peso agobiante del enfoque económico-estructuralista —que llevó a las teorías de la marginalidad al agotamiento a mediados de los setenta— ha sido desplazado por una visión más equilibrada que reconoce raíces en los estudios contemporáneos sobre los movimientos sociales. El seminario cuyos resultados presentamos a continuación es una buena ilustración del debate que hoy tiene lugar alrededor de los "viejos" temas de la marginalidad, la acción social y la democracia en América Latina.

LA CONDICION MARGINAL

En el caso de Chile, la marginalidad urbana se corporiza en la figura de los llamados *pobladores*. Estos se han localizado tradicionalmente en la periferia de la ciudad de Santiago, y se estima que ascienden a 2.4 millones de personas (lo que equivale a la mitad de la población de la Región Metropolitana).

La marginación ecológico espacial de los pobladores es un rasgo excluyente que se ha acentuado en los años recientes, como resultado de políticas que han forzado a los pobladores a concentrarse en áreas urbanas determinadas con el fin de modelar comunas "homogéneas" desde el punto de vista de su composición social. Es así como, entre 1979 y 1984, 187 mil pobladores fueron sacados de "campamentos" enclavados en áreas de residencia de grupos altos y medios, y radicados en las comunas más pobres de la Región Metropolitana —donde, por ejemplo, la inversión per cápita del sector público es cinco veces menor que en las comunas donde los pobladores fueron expulsados.

La tendencia marginalizadora se revela también en la situación económica de los pobladores. Tres cuartas partes de los hogares en las poblaciones de Santiago se ubica bajo los límites de la extrema pobreza, y más de la mitad

vive bajo la *indigencia absoluta*². Se trata, por otra parte, de hogares cuya densidad es más alta que la encontrada veinte años atrás, resultado de los déficits habitacionales acumulados.

La acentuación del proceso de exclusión se manifiesta también a nivel del mercado de trabajo. Las tasas de desocupación, por ejemplo, son aquí mucho más altas que los promedios que se encuentran en la Región Metropolitana (26 contra 16 por ciento), desigualdad que tampoco se encontraba hace dos décadas. Si se presta atención al *tipo de empleo* de quienes se declaran ocupados, por otra parte, se tiene que los pobladores se localizan en las posiciones más marginales de la estratificación ocupacional, y que la importancia de los que trabajan en el sector productivo es escasa. La marginalidad laboral y el desempleo, por último, afectan primordialmente a los jóvenes, pese a que este grupo posee —como se verá— los índices más altos de escolaridad.

Pero de esas tendencias excluyentes en los planos espacial y económico no se pueden extrapolar la existencia de un *mundo de los pobladores* totalmente segregado de la sociedad. Junto a los procesos de marginalización mencionados, han venido operando también movimientos en sentido inverso (es decir, de integración y participación), que se explican por la inercia de la corriente modernizadora y desarrollista clásica.

Por ejemplo, en las poblaciones se observa un porcentaje de adultos jóvenes (15 a 29 años) sensiblemente superior al que se encuentra a escala nacional, pero ya no se encuentra la estructura etaria predominantemente infantil de hace veinte años. La mayoría de los pobladores adultos, de otra parte, son nacidos en Santiago, lo que invierte la situación de los sesenta. Los índices de escolaridad son notablemente elevados: la mitad de los mayores de 24 años completó su educación básica (8 años de estudio), y sólo un 5 por ciento carece de educación formal. Incuestionablemente, éstos son datos ilustrativos de un grupo social que ha experimentado en las décadas pasadas un acelerado proceso de incorporación a las pautas clásicas de la vida urbana moderna.

Junto con eso, hay que considerar qué, más allá de su apariencia, hay procesos que resulta abusivo incluir en una tendencia a la exclusión. Lo que ocurre con los marginales o pobladores en el mercado de trabajo, por ejemplo, debiera ser observado con más atención³. En primer lugar, el valor del trabajo como canal de integración social se ha hecho menor, frente a la importancia tomada por la socialización cultural, especialmente entre los jóvenes. En segundo lugar —y también en el caso de los jóvenes—, se aprecia cierta adaptación a las ocupaciones o sub-ocupaciones en el sector servicios y, en ciertos casos, una marcada preferencia por el auto-empleo. De allí el carácter equivoco de la noción de *exclusión*, tal como la ocupa A. Rodríguez en su ponencia⁴. Ella cubre en un solo concepto a los desocupados y a los

² Estas cifras y las que se mencionan a continuación, provienen de la Encuesta SUR de 1985. Véase la ponencia de Alfredo Rodríguez en este mismo volumen.

³ Véanse las intervenciones de Víctor Tokman, Mariana Schkolnik y Clarisa Hardy en la Primera Unidad. Una visión particularmente provocativa de este tema se encuentra en el libro de H. de Soto, *El otro sendero*, cuya reseña se encuentra en este mismo volumen.

⁴ Este concepto de *exclusión* viene de J. Martínez & E. Tironi, *Las clases sociales en Chile. Cambio y estratificación, 1970-1980*. Santiago: SUR, 1985.

sub-empleados, ocultando así las múltiples relaciones que se producen entre la *diversas condiciones* de la marginalidad y el sistema económico global.

La noción de *exclusión* sirve indirectamente para argumentar a favor de la existencia de un *mundo de los pobladores*, con peculiaridades significativas respecto a la sociedad moderna. Es el caso de las *actividades u organizaciones económicas populares*, las cuales —según L. Razeto— tendrían un carácter asociativo; le otorgarían un desusado valor a la organización, al esfuerzo y al uso de recursos propios; y desorollarían en su seno relaciones y valores solidarios, participativos, democráticos y autogestionados⁵.

La crítica al concepto de *exclusión* alcanza también a la visión que se acaba de exponer. Esas *organizaciones económicas populares*, en efecto, no serían espacios alternativos creados por los pobladores, sino organizaciones inducidas por la Iglesia y las instituciones de apoyo. Desde esta perspectiva, por otra parte, se considera que el acceso a esos organismos está reducido a los estratos con menos oportunidades laborales (mujeres, por ejemplo), los que llegan a ellos como efecto de una situación de extremo deterioro económico. Los jóvenes y los hombres, en cambio, preferirían —si no pueden ingresar al mercado de trabajo formal— buscar *soluciones individuales* en actividades marginales o arreglárselas con estrategias de subsistencia de carácter familiar. En la marginalidad, en suma lo que prevalece son las conductas adaptativas individuales (vías sub-empleo e informalidad); y éstas no expresan nuevos valores, sino que siguen estrechamente las pautas socialmente dominantes⁶.

El concepto de *exclusión* tuvo el valor de expresar la crisis del paradigma modernizador clásico, que suponía un proceso más o menos uniforme de integración social⁷. Como lo señala Víctor Tokman, lo que hay hoy día es una tendencia *universal* a la fragmentación de la estructura social, que se expresa en la diversificación de los modos de incorporación al mercado de trabajo. Todos los estratos de las sociedades están atravesados por tendencias que marchan a varias velocidades y que apuntan en direcciones múltiples. Esta visión permite superar la noción de *exclusión*, que respondía sin dudas a una cierta nostalgia del viejo curso modernizador. Y al mismo tiempo, este nuevo enfoque puede dar lugar a una reinterpretación de la condición marginal.

Los marginales, en efecto, están sujetos a presiones contradictorias, de inclusión y de exclusión, y han aprendido incluso a transitar por las fronteras y a vivir en una suerte de *collage* donde se superponen mundos diversos y se *hibridan culturas* —para usar los términos de Matos Mar⁸. Pero estas caracte-

5 Véase la ponencia de Luis Razeto en este volumen.

6 Esta es la argumentación que sigue Guillermo Campero en la ponencia respectiva.

7 Valga señalar que oportunamente se había advertido que el concepto de exclusión tenía un sentido únicamente descriptivo (Martínez & Tironi, 1985: 213). Desde un punto de vista metodológico, la *impotencia teórica actual* muestra la *conveniencia de proceder a clasificaciones empíricas antes que conceptuales* de las clases, segmentos o grupos sociales posibles de identificar en la sociedad chilena de hoy, decíamos prudentemente al finalizar el libro mencionado.

8 Es el caso paradigmático de la irrupción en las barriadas y pueblos jóvenes limeños de la llamada *música chicha* que —con el escándalo de los antropólogos indigenistas— fusiona la *cumbia colombiana*, la *guaracha cubana* y el *huaino serrano*, tropicalizando la *música andina* y ejecutándola con *instrumental electrónico* (guitarra, batería y órgano). (J. Matos Mar, *Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima: IEP, 1987).

rísticas de la condición marginal —y he aquí la novedad del enfoque— ya no parecen ser exclusivas de los grupos pobres urbanos: ellas corresponden, con niveles diferentes, por supuesto, a un proceso social *general*⁹.

No existe, pues, un "mundo marginal" excluido de la sociedad moderna, homogéneamente rezagado, o uniformemente tradicional. Los grupos pobres urbanos, en el plano económico-ocupacional tanto como en el plano cultural, están parcial y diversificadamente integrados a (o excluidos de) la sociedad. Esto es lo que explica lo que ha pasado con los pobladores en Chile, que en el plano demográfico, educacional y cultural han experimentado procesos que los incorporan de lleno a la vida urbana moderna, al tiempo que —a partir de 1973— han sido sometidos a procesos agudos de exclusión desde el punto de vista ecológico, económico y político. El fenómeno de los pobladores sólo puede ser comprendido por la administración de esta tensión entre exclusión e integración, entre ruptura y participación. Para el caso de los jóvenes populares, en particular, la asincronía entre movilización *subjetiva* y movilidad *objetiva* (para usar los controvertidos términos de Germani) es lo que mejor explica las pautas de comportamiento que han seguido en los últimos años.

CHILE: EL FENOMENO DE LOS POBLADORES

Elizabeth Jelin preguntaba a los sociólogos chilenos, en una sesión del seminario, hasta qué punto no caían en una extrapolación abusiva al tratar de encontrar en los pobladores (con sus referencias territoriales y sus demandas urbanas) una identidad cultural y política y una forma de acción social específica. La pregunta es apropiada y no tiene una respuesta concluyente. Sólo cabe decir que existe una enorme masa popular que habita en la periferia de Santiago, que no es migrante ni obrera, y que a falta de otra denominación recibe el nombre de *pobladores*. Y agregar que la crisis del modelo desarrollista ha acentuado la importancia de los factores espaciales en la identificación y en las formas de acción colectiva de estos grupos.

Lo anterior no significa recaer en la noción ya criticada de *mundo poblacional*. Como dice Guillermo Campero, lo que hay son poblaciones, que están fuertemente estratificadas entre ellas y en su interior. Los pobladores tienen el sentimiento de haber sido golpeados por la crisis, que para ellos ha representado retroceso y deterioro; pero saben también que ése no ha sido un proceso uniforme, y que no ha desembocado en su "expulsión" de la sociedad. Las diversas acciones protagonizadas por los pobladores en los años recientes, por lo tanto, deben ser comprendidas como comportamientos adaptados a una época de crisis, y no como conductas propias de un régimen de *apartheid*: la conciencia de crisis y la voluntad de integración corresponden, pues, a una misma representación social.

La acción social de los pobladores debe ser interpretada como la expresión

⁹ Este proceso social general es el que algunos autores han llamado *posmodernidad*, o el nuevo proyecto de la modernidad. (Ver por ejemplo, respectivamente, F. Jameson, *Posmodernismo y sociedad de consumo*, y J. Habermans, *La modernidad, un proyecto incompleto*, ambos en H. Foster y otros, *La posmodernidad*. Barcelona: Kairós, 1985). Este tema es tocado de múltiples maneras por Alain Touraine en su intervención de clausura del seminario.

de un anhelo ineludible de integración social. Es más, a lo que se oponen —incluso con violencia, algunas veces— es a los procesos de exclusión que tienden a ponerlos fuera del sistema. La interpretación rupturista acerca de las movilizaciones de los pobladores cae pues en un error de interpretación. Los resultados de la Encuesta SUR son concluyentes en este sentido¹⁰. Por ejemplo, se observa en estos grupos una clara auto-identificación *obrero*, lo que no refleja en absoluto la experiencia o la situación ocupacional de los pobladores, sino más bien un deseo de integración económica según la pauta del modelo industrial. Igual cosa queda de manifiesto en la escasa hostilidad hacia la clase media; aún más, los pobladores expresan su deseo de abandonar esa condición e ingresar a la clase media, para lo cual ven como primordial el dejar su lugar de residencia y trasladarse a otra zona de la ciudad (lo que ratifica, dicho sea de paso, la importancia que ha tomado la dimensión territorial-espacial)¹¹.

La educación ocupa un lugar central en la representación que los pobladores tienen de la movilidad social. La imagen de una masa integrada en torno a la fe y la religión, por lo tanto, parece ser sustituida por la presencia de pautas típicamente seculares y mesocráticas. Esto no implica, por cierto, negar la presencia religiosa; pero si se observa de cerca, la religiosidad de estos grupos tiene un carácter esencialmente ritual y espiritualista, y se orienta mucho más a la salvación individual (al estilo protestante) que a la constitución de un "pueblo elegido" (al estilo católico).

Lo anterior parece ser confirmado por el hecho de que sólo un tercio de los pobladores participa en organizaciones sociales de carácter comunitario. El cierre de los canales democráticos de participación, por lo tanto, no provoca una disposición particularmente favorable a la solidaridad grupal, y menos aún a la violencia. Se sigue confiando, por sobre todo, en la acción asistencial del Estado, para que los defienda de los procesos de exclusión. Pero quizás aquí habría que exceptuar a los jóvenes. Como lo señala François Dubet en su ponencia, ellos representan la *cara negativa* de la acción poblacional. La frustración provocada por la crisis del modelo nacional-popular genera entre ellos —aparte de las conductas individuales de repliegue— formas de adaptación delincuente, nucleamientos comunitarios tipo pandilla, y hasta adhesión a grupos revolucionarios¹².

Pero lo señalado hasta aquí no agota lo que pasa en las poblaciones —como se encargara de recordarlo insistentemente A. Touraine. Junto a las conductas adaptativas e instrumentales están también las de contenido comunitario y religioso, que alcanzan extraordinaria vitalidad. Y está también la acción política. Se trata en rigor (para emplear las palabras de Campero) de

10 Al respecto, véase mi ponencia en la Segunda Unidad.

11 Una descripción de este peculiar sistema de movilidad se encuentra en E. Tironi, "La clase construida. Anotaciones sobre la producción simbólica de la clase media". SUR: Documento de Trabajo No. 53, 1985.

12 Una interesante explicación del sentido que pueden llegar a tener estas acciones negativas de los jóvenes en situaciones históricas de crisis puede encontrarse en un libro de F. Dubet sobre el caso francés (*La Galère*), reseñado en este volumen.

un *movimiento de militantes*, pues la política no puede constituirse en una práctica de representación en los espacios que le deja un Estado autoritario.

Esa organización de militantes es lo que ha dado origen al llamado "*movimiento de pobladores*". En él coexisten diversas orientaciones: una *reivindicativa*, que razona en términos clasistas; otra *populista*, que se dirige al Estado en la defensa de los derechos ciudadanos; una tercera *comunitaria*, que busca la constitución de un "mundo de los pobladores"; y, por último, una orientación *revolucionaria*, que desea aprovechar las contradicciones para destruir al capitalismo¹³.

Como es obvio, estas lógicas son en muchos sentidos antagónicas, lo que hace imposible que ese movimiento tome un perfil definido. Pero lo que es más importante es que algunas de ellas no responden en absoluto a las representaciones y a los anhelos de integración de los pobladores, lo que genera la apatía entre ellos. Otras —como las orientaciones *reivindicativa* o *populista*— se enfrentan al problema opuesto, pues no encuentran interlocución alguna en el Estado, lo que impide la constitución de un *movimiento de pobladores* por esta vía.

Con todo, lo más probable es que cuando la política vuelva por sus fueros, ella retome aquí —como lo insinúa también Campero— sus formas clientelísticas. Como lo destacara Francisco León en el seminario, sin embargo, la política se desenvolverá en un marco institucional muy diferente al que existió antes de 1973. El menor tamaño de las comunas, el fortalecimiento de los municipios, la descentralización de los servicios sociales, por ejemplo, tendrán como efecto *acercar* el Estado a los pobladores. La relación clientelística —si se la quiere llamar así— tendrá lugar en una escala más reducida: al nivel local o municipal. Esto representa, sin dudas, una gran oportunidad para la política, que podrá ligarse mucho más estrecha y directamente con la solución de las demandas de los pobladores.

Por ahora, no obstante, mientras no se modifique la situación autoritaria, la identificación de los pobladores con el mundo obrero favorece —como de hecho ha ocurrido— su representación político-social a través del movimiento sindical. Como lo señaló Alejandro Foxley, el sindicalismo tiene que poner esta función en sus obligaciones: a falta de arena política, esto compensaría la débil capacidad de representación institucional autónoma de los grupos marginales.

ACTORES SOCIALES EN ESCENARIOS DE DEMOCRATIZACION

Pese a su débil capacidad de participación institucional, los grupos marginales urbanos han estado en el primer plano de las movilizaciones populares del último período en América Latina; y su presencia en los procesos de transición y consolidación democráticas es objeto de una importante polémica.

De hecho, en toda la región —con la excepción quizás de Brasil— se manifiesta la misma tendencia a la reducción y heterogeneización de los asalaria-

¹³ La identificación de estas "lógicas" proviene de la *intervención sociológica* con dirigentes poblacionales en el marco de una investigación CADIS-SUR. Al respecto, ver mi ponencia en el seminario.

dos, lo que conduce a una *des-obrerización* de la estructura social y de la acción colectiva popular. Hasta hace poco tiempo el caso más *deslumbrante* era el chileno, donde la proporción de obreros en la fuerza de trabajo cayó de 22.3 a 7.5 por ciento entre 1971 y 1984; pero ahora se agrega el caso boliviano, como efecto de la decadencia de la minería y la expulsión de miles de trabajadores de ese sector¹⁴. Como resultado de esa declinación, el movimiento sindical y, en cierta medida, el imaginario obrero, pierden su centralidad; los actores y conflictos sociales se fragmentan y multiplican; y emergen nuevas identidades y acciones colectivas, como las de base étnico-cultural y regional en Bolivia, o de *pobladores* y de *barrios* en Chile y Argentina.

Las *protestas* en Chile, entre 1983 y 1984, fueron un ejemplo sumamente ilustrativo del tipo de movilización colectiva al que conducen esas transformaciones de la estructura social. Como lo señalara M.A. Garretón en su ponencia, esta movilización tomó un carácter multiforme y descentralizado, por el hecho de descansar sobre bases territoriales (el barrio o vecindario). Aunque convocadas por el movimiento sindical, las *protestas* fueron protagonizadas por los pobladores, y en especial —en la medida en que se fueron radicalizando—, por los jóvenes marginales. Pero junto con radicalizarse, la movilización perdió el respaldo de los grupos medios, inclinados a darle un carácter más instrumental y asustados por la violencia expresiva que emanaba de los jóvenes pobladores. Esto mismo terminó por dividir a los partidos de oposición frente a la *movilización social*: a partir de entonces, se acabaron las condiciones que habían hecho posibles las *protestas*, y ellas empezaron a rutinizarse y a decaer.

El debate en torno al significado y a los motivos del auge y agotamiento de las *protestas*, aún sigue vivo. M.A. Garretón expone el problema del siguiente modo: ¿por qué esas movilizaciones tan masivas y poderosas, que lograron éxito en reorganizar a los actores y a la sociedad civil (lo que él llama la *transición invisible*), no consiguieron terminar con el régimen militar? En parte ello obedecería a las limitaciones inherentes a ese tipo de movilización: fragmentación, carácter expresivo-emocional antes que reivindicativo-instrumental. Pero la impotencia de las *protestas* sería resultado, principalmente, de ciertas características de una clase política desvinculada de los actores sociales populares, que hace (como señalara Alejandro Foxley) una lectura ideológica de sus demandas y se deja arrastrar por el interés en cooptar adhesiones, y que no fue capaz de producir una fórmula política consensual de transición.

El análisis de las *protestas* lleva a M.A. Garretón a una conclusión general que tiene enorme incidencia sobre la conceptualización del proceso de la transición a la democracia: *las movilizaciones sociales —afirma— por sí mismas reconstruyen la sociedad civil y transforman los regímenes militares, pero no logran su término: sin momento político, no hay fin de la dictadura y transición democrática*. La transición, en suma, es un momento de la clase política, a cuyo cargo debe estar la propuesta de fórmulas institucionales de quiebre con el autoritarismo. En el seminario, la misma idea fue respaldada por Elizabeth Jelin, para quien la transición es un *tiempo o momento*

¹⁴ Véase al respecto las ponencias e intervenciones de René Mayorga y Elizabeth Jelin en la Tercera Unidad.

eminentemente político e institucional y, por lo tanto, constituye un escenario apto para los partidos, no para los movimientos sociales.

Según esta línea argumental, la transición a la democracia equivale al procedimiento a través del cual la clase política —en toda su variedad— se pone de acuerdo en cómo dar término a un régimen autoritario. Y este proceso debe ser reconocido como distinto al de la elaboración de respuestas para otros problemas sociales o económicos. En los procesos de transición —señala Garretón— las demandas sociales o las demandas por transformación de uno y otro lado, tienen que quedar subordinadas a las exigencias de orden político.

Sería necesario, entonces, reconocer la transición como un momento político, que requiere de una (momentánea) desarticulación entre lo político y lo social. Tal ruptura, sin embargo, sólo aparece posible a condición de que también se rompa el *imaginario político latinoamericano*, que confunde *democracia* (noción que alude al campo político institucional), con *democratización* (noción que alude, en cambio, al campo socio-económico). Esta confusión es la que en Chile habría llevado al fracaso de las *protestas* y estancado la transición.

La cuestión de la re-articulación entre democracia y democratización, entre el campo político y el social, entre partidos y movimientos sociales, quedaría entonces como un problema propio de la etapa de consolidación democrática. Pero, como lo expuso Elizabeth Jelin a partir del caso argentino, no parece evidente, tampoco, que en la nueva fase se alcance tal propósito.

De una parte, el reestablecimiento brusco de la relación con el Estado provoca en los actores sociales reacciones diversas, que van desde el retraimiento del campo público (el ejemplo del feminismo) hasta la reproducción del clientelismo tradicional —como ocurre en algunas organizaciones barriales—, pasando por el evaporemiento de movimientos de índole cultural, como el que representó el *rock nacional*¹⁵. De otra parte, como resultado de la crisis del modelo desarrollista, la población se ha encontrado con que ya no existe conexión entre ciudadanía política y movilidad individual y familiar (como ocurría en Argentina bajo el peronismo). Con esto —afirma E. Jelin—, se ha roto la mediación entre *la cultura de la cotidianidad y las formas de articulación y representación institucionalizadas en la política y en el Estado*, lo que provoca en la población un sentimiento de desilusión y apatía frente a la democracia. La etapa de consolidación, por tanto, en vez de re-articular a los actores sociales con la política, más parece haber consolidado su desvinculación.

Las características que tome el proceso de transición, evidentemente determinan las características que habrá de asumir la democracia. Si, en función de la transición, llegara a provocarse la desarticulación entre las demandas y movimientos sociales y los procesos políticos que llevan a la democracia, lo más probable es que la tendencia a la separación de los dos planos seguirá reproduciéndose a futuro y —en el límite— no habrá democra-

¹⁵ Una completa revisión de la relación entre movimientos sociales y consolidación democrática en Argentina se puede encontrar en el libro *Los nuevos movimientos sociales*, cuya compiladora es Elizabeth Jelin, y que está reseñado en este volumen.

tización ni democracia estable. Pero además, no habrá movilización popular por la democracia si ésta se presenta como una pura operación electoral, sin recoger mínimamente los reclamos de cambio de la sociedad. Y sin algún tipo de presión popular, lo único que cabe es esperar un accidente que precipite el cambio del régimen político, lo que despertaría entre la gente —cuando más— un pasajero entusiasmo.

¿Qué papel cabe a los actores sociales en escenarios de democratización? ¿Han de replegarse para dejar que los partidos y la clase política puedan actuar libremente, postergando sus demandas para una etapa posterior? La pasividad de los movimientos sociales, ¿es el clima más apropiado para una transición? Y luego, en un régimen democrático emergente, ¿hay espacio para las demandas o movimientos sociales?; ¿hasta qué punto éstos no pueden poner en peligro la estabilidad del nuevo régimen, y deban prolongar, por tanto, su pasividad?

Como ésas, son muchas más las preguntas que quedan pendientes después del seminario. Pero la cuestión crucial es si, en América Latina, la *democracia* puede efectivamente desentenderse de la *democratización*; o, para ponerlo en términos más convencionales, si es posible escapar de los dilemas del *desarrollo*, palabra mítica que en esta región representó los esfuerzos por conjugar la apertura política con la ampliación de las oportunidades sociales, según el modelo universal de la modernización¹⁶.

MOVIMIENTOS SOCIALES: ESTADO DEL DEBATE EN AMERICA LATINA

La polémica en torno a los movimientos sociales tiene ya una historia en América Latina. Aunque había antecedentes previos —entre ellos las primeras teorizaciones sobre la marginalidad y las contribuciones de Touraine— fue con la caída del gobierno de Allende, en 1973, que se rompe con el dominio del enfoque clasista y totalizante alimentado por un marxismo extremadamente pobre y dogmático¹⁷. Con ello, se descubre que hay una multiplicidad de prácticas colectivas, con un grado elevado de segmentación, y se abre la posibilidad de desarrollar, por una parte, una sociología laboral propiamente tal; y, por la otra, el tema de los actores sociales urbanos.

En una primera época (muy marcada por la influencia de Castells), los *movimientos sociales urbanos* siguen referidos a las condiciones socio-económicas (la *reproducción de la fuerza de trabajo*), pero ya a comienzos de los años ochenta la atención se amplía hacia las variables socio-culturales. Junto con las problemáticas de la calidad de la vida, de los consumos colectivos, de los gobiernos locales, de la mujer y el feminismo, de los derechos humanos, emergen también los temas de las formas de hacer política, del significado de las prácticas cotidianas, de las relaciones entre espacios público y privado, de las relaciones entre organizaciones sociales, partidos políticos y Estado, etc.

¹⁶ Una visión amplia de esta problemática se puede encontrar en el libro de Alain Touraine *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina* (Santiago: PREALC, 1987).

¹⁷ Esta es la interpretación que hacen Fernando Calderón y Elizabeth Jelin en su ponencia al seminario.

Brasil es el país de América Latina donde el tema de las luchas y reivindicaciones urbanas alcanzó la mayor densidad, como lo revela la ponencia de Lucio Kowarick. Desde mediados de los años setenta, en efecto, allí se desarrollaron numerosas investigaciones empíricas —especialmente en San Pablo y Río de Janeiro— acerca de los problemas de salud, de la defensa del consumidor, de las comunidades eclesiales de base, del "vandalismo" urbano (los *quebra-quebra*), de las invasiones de tierra y las organizaciones de los *favelados*. La evolución de los estudios y del debate brasileño sobre movimientos sociales urbanos, en cierto modo ha condicionado, en consecuencia, el panorama intelectual en toda la región.

Es interesante, en este sentido, subrayar las conclusiones de Kowarick en la revisión que hace de la bibliografía brasileña sobre el tema. La primera de ellas es que la interpretación clasista de las luchas urbanas ya no cuenta con sostenedores y, junto con ella, declina lo que él llama el *optimismo catastrófico*, según el cual a mayor deterioro de las condiciones de vida, mayores son las contradicciones de clase, y más intensa la movilización popular. En segundo término, la imagen primitiva de unos movimientos sociales en contradicción permanente con el Estado (y, por ende, en conflicto con la política), parece haber sido superada por estudios empíricos que han mostrado la red de articulaciones (de demanda y también de colaboración) que ellos mantienen con el poder público; lo que ha llevado a cuestionar el concepto mismo de *contradicciones urbanas*. Y en tercer lugar, hay cierto consenso en que estos movimientos poseen un rico contenido cultural democrático, y que su papel fue básico para la movilización democrática en Brasil, pero que tienen límites infranqueables cuando se trata de producir transformaciones a nivel del Estado.

Si antes había muerto la visión clasista de corte estructural, hoy parecen fenecer los enfoques omnicomprensivos de las múltiples prácticas sociales que se desenvuelven en el escenario histórico latinoamericano, prevaleciendo —en cambio— una mirada que pone toda su atención en el sincretismo, en la identidad de cada movimiento en particular¹⁸. Esto es también notorio en el plano específico de la marginalidad, donde fueron abandonadas las macroteorías de base económica estructural para quedarse en "teorías de rango medio". En cierto sentido esta evolución representa un avance al dogmatismo universalista del pasado; pero es claro que ésta tiene que ser una etapa de *transición* (como la llaman Calderón & Jelin), pues ninguna ciencia puede estar satisfecha si se limita a hundirse en el particularismo.

Elizabeth Jelin hacía ver que se había llegado a un punto de agotamiento en la búsqueda —iniciada a mediados de los setenta— de la diversidad y especificidad de los diferentes procesos y prácticas sociales. Quizás produzca inseguridad, pues se corre el riesgo de que reaparezcan los no tan viejos demonios, pero es inescapable retomar nuevamente una *visión integrada del proceso* histórico; lanzarse a la construcción de nuevos paradigmas. Porque no se trata de una demanda que emane exclusivamente del campo académico —si pudiesen haber cuestiones intelectuales que no estén socialmente determinadas—:

¹⁸ Esta evolución queda muy bien registrada en el libro de Fernando Calderón (compilador), *Los movimientos sociales ante la crisis*, que es rescatado en este volumen.

hay una *demanda social* en el sentido de una mayor integración, de fórmulas que articulen sociedad y política, individuos y Estado, democracia y modernización.

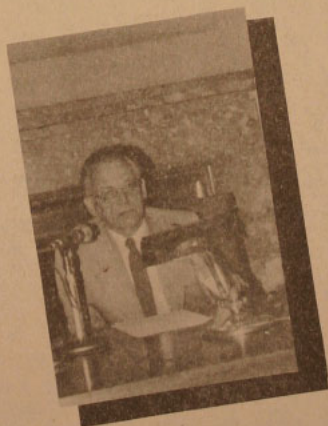
Esa no es, por lo demás, una demanda específicamente latinoamericana. Como lo señalara Alain Touraine, se ha impuesto universalmente la tendencia a la separación de los procesos sociales de los institucionales o políticos, y los propios intelectuales oscilan entre un *comunitarismo* volcado al descubrimiento de identidades particulares, y un *hiperliberalismo* que se extasía ante la autonomía que toman los procesos políticos. Lo que ha desaparecido —agrega Touraine— es la noción de *desarrollo*, cuya función era precisamente integrar esas *dos dimensiones*. Hay una difusa nostalgia, en todas las sociedades, por esa noción u otra equivalente: el desafío actual de la sociología latinoamericana —y su contribución mayor a la disciplina a escala internacional— puede ser éste de reexaminar el enfoque del desarrollo.

El tema del desarrollo, en América Latina, estuvo indisolublemente unido al tema de la modernización —y de su opuesto, la marginalidad—. Reexaminar la noción de desarrollo, ahora a fines del siglo XX, implica necesariamente evaluar la dirección que lleva la *modernidad*, que apunta hacia transformaciones profundas del tipo clásico de integración social. La condición marginal, que se caracteriza por una integración social incompleta y diversificada, es probablemente una situación paradigmática de la nueva modernidad. De allí que, a lo mejor, la revitalización del tema del desarrollo conduzca al reconocimiento de la *centralidad de los marginales*.

EUGENIO TIRONI

Editor





Diversos aspectos de las actividades del Seminario *Movimientos sociales urbano-populares y procesos de democratización*, realizado los días 14, 15 y 16 de abril de 1987 en Santiago.